

El año 1868, un naturalista inglés, Huxley, pescó en las profundidades del mar una substancia mucosa é informe que, con gran algazara de los materialistas, se creyó ser la más notable de todas las *móneras*, la columna principal de las teorías evolucionistas, el *bathybius Hæckelii*. Así fué apellidado por su afortunado descubridor, y así corrió por el mundo, llevado por los vientos de la fama, como máquina de guerra destinada á batir definitivamente los baluartes de la fe. ¡*Eureka!* decían los ateos; tenemos en la mano el protoplasma primitivo, la fuente y el origen de la vida; pero estaba escrito que habían de durar poco su entusiasmo y su alegría.

Ocho años después, Mœbius, profesor de Kiel, al regresar de una expedición que había hecho á bordo del *Challenger*, para estudiar la fauna submarina, demostraba experimentalmente ante el Congreso de los naturalistas alemanes, celebrado en Hamburgo, que el tan decantado *batibio* era un producto artificial, un precipitado de sulfato de cal disuelto en el agua, merced al alcohol en que se habían conservado las preparaciones ¹.

Del mismo modo se expresó Milne-Edwards en la sesión solemne que en 25 de Octubre de 1882, celebró el Instituto de París, y en la cual el

¹ Citado por Hæckel, *Le règne des protistes*, p. 93.

distinguido naturalista dió cuenta de la misión científica que acababa de realizar á bordo del *Travailleux*. El batibio, decía, es una mucosidad segregada por las esponjas y algunos zoófitos, cuando sienten en sus tejidos el rudo contacto de los aparatos de pesca; el batibio que tanto tiempo ha ocupado al mundo, debe bajar de su pedestal y volver á la nada. ¹ ¿Qué más, señores? El mismo Huxley, que lo había dedicado á Hæckel, excitó la hilaridad del Congreso de la Asociación británica, celebrado en Sheffield, llamando al batibio, «quisicosa que no ha cumplido lo que sus primeros albores pronosticaban ².»

Así acabó la última esperanza de los *monistas*, y á esos lances les condujo el espíritu de partido que gobernaba el rumbo de sus investigaciones. ¡Ojalá que tantas desventuras les hubiesen abierto los ojos!

Por fin, no es posible eludir el testimonio concluyente de los hechos, suponiendo que las condiciones especiales en que se encontró la tierra en sus tiempos primordiales, pudieron producir la vida de una manera espontánea ³, porque esta hipótesis echa por tierra uno de los principales fun-

¹ *Les explorations des grandes profondeurs de la mer, faites à bord de l'avis "le Travailleux", Journal officiel, 28 Oct. 1882, p. 5839.*

² Duilhé, *Apol. scient.*, p. 230.

³ Burmeister, *Hist. de la Création*, p. 304.

damentos de la Ciencia, la constancia é invariabilidad de las leyes naturales. Indudablemente las fuerzas físico-químicas, la luz, el calor y la electricidad, fueron entonces más intensas, como más lo son actualmente en el ecuador que en los polos, pero las leyes de la vida, siempre y en todas partes son las mismas, y si hoy no son capaces de producir ni el infusorio, ni el musgo, sin gérmenes precedentes, ni en los tiempos más remotos ni en los siglos venideros, han tenido ni tendrán la virtud de que carecen¹.

Para llevar esta cuestión al cabo, quiero ahora dar por supuesto lo que no han conseguido demostrar los heterogenistas, lo que la Ciencia rechaza: que se dan efectivamente generaciones espontáneas. ¿Se habrá de seguir de aquí la ruina del dogma de la Creación? ¿Acaso no las admitieron San Agustín y San Basilio, San Buenaventura y Santo Tomás, Pedro Lombardo y Suarez, y en general, los teólogos y filósofos de más nota en los siglos medios, sin que viesen en ello sombra de rozamiento con la fe? Una cosa es suponer que la vida en su primer principio procedió de esa manera, otra muy distinta pensar que sin gér-

¹ Observa Rodolfo Wagner que cuanto más energía adquieren los agentes físico-químicos, más perjudican al desarrollo de la vida en vez de favorecerla, hasta el punto que llegados á cierto grado de intensidad, destruyen toda organización. — Cf. Hettinger, *Apol.* I, p. 79.

menes especiales y de la putrefacción de los cuerpos que alguna vez tuvieron vida, pudieron derivarse seres vivos; era para ellos esta una cuestión meramente filosófica, que nada tenía que ver con la fe; consideraban á Dios como el primer autor de todo lo criado, y á la eficacia suya, comunicada á los elementos en la Creación primitiva, atribuían estos efectos, que con otras razones no supieron explicar. Por eso, cuando Avicena aseguró que todos los animales pudieron ser obra exclusiva de las combinaciones de la materia, opusieron á su error lucidísimas reflexiones.

«La naturaleza, dice Santo Tomás, se endereza á sus efectos por medios proporcionados; por lo cual las cosas que naturalmente se engendran de semilla, no pueden sin semilla ser naturalmente procreadas... En la primera institución de las cosas, el principio activo fué el mandamiento de Dios que de la materia elemental hizo los animales, ya sea en el acto, como quieren muchos Santos Padres, ya sea virtualmente, según San Agustín¹.»

De aquí podrán inferir los hombres dados á las investigaciones científicas, la libertad de que gozan los que voluntariamente se someten á las enseñanzas de la fe, y cómo la Iglesia, lejos de

¹ *Summa Theol.* I. q. LXXI ad 1. — Cf. P. J. Mir. *La Creación*, capítulo XXXV, art. II.

ser, como dicen, un estorbo para el recto adelantamiento de sus estudios, les da ya fabricada la sólida base en que deben apoyarse sus trabajos, para levantar con sus nobles esfuerzos el templo magnífico de la Ciencia. La condenación de las obras de Galileo por una Congregación romana, suceso providencial y único en la historia de la Iglesia ¹, á todos nos enseñó á proceder con cautela y á tomarnos tiempo para admitir ó rechazar las opiniones científicas. Procedan con el mismo tino los que se dedican al estudio de la naturaleza, y habremos encontrado la conciliación y la paz.

Parca ha sido la Ciencia en formular conclusiones acerca del origen de la vida, y parca es también la Religión en sus afirmaciones dogmáticas.

La vida comenzó en el mundo cuando el mundo estuvo en disposición de sustentarla; la Paleontología no ha encontrado rastro de vegetales

¹ Suceso providencial llamo á este, porque puso de manifiesto la asistencia que el Divino fundador de la Iglesia prometió y concede á su Vicario en la tierra, pues sin esa asistencia especialísima no se explica por qué el Papa no subscribió aquella condenación. « En esto, dice el sabio jesuita Tiraboschi, debemos admirar la Providencia de Dios en favor de la Iglesia, pues en un tiempo en que la mayor parte de los teólogos creían firmemente que el sistema Copernicano era contrario á la Sagrada Escritura, no permitió, sin embargo, que la Iglesia se pronunciase sobre este punto por un juicio solemne. » « La divina Providencia, añade H. Martin, permitió que aquella falta de un tribunal particular, fuese cometida una vez para que sea imposible en lo porvenir. »

ni de animales en los terrenos primitivos¹; el enfriamiento de la corteza terrestre, el esbozo de los primeros continentes y el encauzamiento de los mares, precedió á la flora y á la fauna de los tiempos paleozóicos, en la primera edad del mundo; simultánea ó sucesivamente aparecieron en el fondo de las aguas los *trilobites* y las algas, como primeros representantes de la escala biológica, definitivamente cerrada con la creación del hombre. Tal es, en resumen, lo que la Geología tiene por cierto y averiguado, y exactamente lo mismo que ella insinuó Moisés en el primer capítulo del Génesis.

De un solo rasgo describió la Creación del Universo, para empezar la historia de la tierra, por aquel estado yermo y tenebroso en que debió encontrarse en sus comienzos; el espíritu de Dios era llevado sobre el inmenso mar que por todas partes la cubría, y cuando alboreaba ya en los cielos aquella lumbre virginal que por mandamiento divino brotó de las tinieblas, puestos en paz los elementos que con sus ímpetus furiosos llenaron de catástrofes las primeras edades del planeta; congregadas en su lugar las aguas, y puesta al descubierto la tierra firme, dijo Dios:

¹ Corrió parejas con el batibío el no menos célebre *Eozóon Canadiense*, pretendido habitante de los terrenos primitivos, y reducido á la condición de simple accidente mineralógico. — A. de Lapparent, *Géologie*, p. 640.

«Produzca la tierra yerba verde, y que dé semilla, y árboles frutales que den fruto conforme á su especie, y contengan en sí mismos su fruto sobre la tierra», y así se hizo ¹.

¿Quién nos explicará el modo como se realizó aquel prodigio, lo que fué aquella vegetación que trajo al mundo las primicias de la vida, y por qué secretos caminos preparó Dios su advenimiento? La Geología dice que en la época carbonífera, correspondiente al tercer día genesiaco, la tierra desde las riberas del Spitzberg hasta los bosques de Australia, era un vasto archipiélago de verdura; que los helechos arborescentes levantaban sus pimpollos á treinta piés del suelo, y aún por encima de sus copas asomaban los tallos coronados de plumas de las gigantescas *colas de caballo*: que bajo la sombra de aquellas fantásticas enramadas brotaban de la tierra humedecida descomunales hongos, y que en el fondo de los mares formaban magníficos encajes las dilatadas algas; que aquella flora primordial de tejidos blandos, pulposos y deleznales, uniformemente repartida por la superficie del globo á consecuencia de la igualdad de su temperatura, purgó la atmósfera del ácido carbónico que la saturaba, para quedar sepultada más tarde en las entrañas de la tierra,

¹ Gen. I, II.

y convertirse en el *pan negro* de que se alimenta la industria moderna; que aquella época es por excelencia la edad de las yerbas y de las plantas, como en breves palabras se insinúa en la primera página de los libros santos ¹.

Si Dios crió primero las semillas que las plantas, ó dió virtud especial á la tierra y á las aguas para que de golpe las produjesen, cosa es que no nos importa averiguar, ni hay en ello interés alguno apologético, presupuesta la intervención divina en el primer origen de la vida, como reconocen de común acuerdo la Revelación y la Ciencia.

Tampoco pretendo exagerar la concordancia entre el Hexámeron mosaico y el Hexámeron geológico, porque ni la Geología ha conseguido otra cosa que trazar limpiamente las líneas generales de la historia de la tierra, ni es la Biblia un manual de Ciencias naturales escrito con fines académicos, ni andan tan conformes los intérpretes católicos, que unánimemente crean ser posible semejante concordancia.

¹ Nada dijo Moisés de la flora submarina que probablemente precedió á la terrestre, porque su fin era hablar á un pueblo rudo de las cosas que estaban á su alcance. « El callar el sagrado escritor la creación de los primeros seres submarinos, solo probará que no pretendió tejer la historia de los reinos organizados, sino tan solamente revelarnos las cosas terrestres más visibles y de más tomo, porque el atender á sondear los mares y á narrar la creación de los peces, poco le importaba á su intento, y con hacer mención de estos en el vers. 20, había dicho lo bastante para satisfacer el deseo de los hombres ». — P. J. Mir, *La Creación*, cap. XXII, art. I.

En los grandes archivos de la naturaleza, decía Vogt¹, ha encontrado la Ciencia un volumen escrito en una lengua poco conocida; de ese volumen faltan muchas páginas, y en las pocas que ha encontrado, apenas si ha podido leer algunas líneas. La segunda mitad del siglo XIX, añade Lyell², se ocupa en corregir las opiniones de la primera; por lo cual no debemos apresurarnos á establecer entre el Génesis y la Ciencia, armonías tan completas que tengamos después que retocarlas³.

Más altos eran los vuelos de Moisés, y á otros intentos se dirigía Dios cuando le dictó las páginas del admirable Pentateuco. El monoteísmo, opuesto á las supersticiones politeístas que entonces señoreaban en el mundo; el dogma de la Creación desarrollado en cuadros de entonación subli-

¹ *Traité de Géologie*, párr. 2.

² *Principes de Géologie*.

³ Ténganse muy presentes en esta cuestión las siguientes reglas de San Agustín y Santo Tomás, dictadas por la prudencia: «In rebus obscuris atque á nostris oculis remotissimis, si quæ inde scripta etiam divina legerimus, quæ possint, salva fide qua imbuimur, alias atque alias parere sententias; in nullam earum nos præcipiti affirmatione ita projiciamus ut si forte diligentius discussa veritas eam recte labefactaverit, corruamus: non pro sententia divinarum Scripturarum sed pro nostra ita dimicantes, ut eam velimus Scripturarum, esse quæ nostra est; cum potius eam quæ Scripturarum est, nostram esse velle debeamus.» *De Genesi ad litteram*, lib. I. cap. XVIII. «Cum Scriptura divina, multipliciter exponi possit, nulli expositioni aliquis ita præcise inhæreat, ut si certa ratione constiterit hoc esse falsum, quod aliquis sensum Scripturæ esse credebat, id nihilominus asserere præsumat; ne Scriptura ex hoc ab infidelibus deridatur et ne eis via credendi præcludatur.» *Summ. Theol.* I, q. 68, a 1.

me, y acomodados al carácter oriental del pueblo hebreo; la institución divina del sábado y de la semana como ley fundamental de Israel; la materia comenzando sus evoluciones con el tiempo; la vida comunicada por el Criador á la naturaleza; el hombre, recibiendo con el soplo divino el alma racional y hecho á imagen y semejanza de Dios, son las verdades que campean en la relación mosaica, las verdades que enseña la fe, las verdades que nunca desmentirá la Ciencia.

Libre es cada cual de seguir en los detalles la exposición que mejor le plazca; desde la *literal*¹, que tiene por días naturales los días genesiacos, hasta la *ideal, alegórica ó mística*, sustentada por San Agustín, para quien todas las cosas fueron criadas en un solo instante y en el estado de perfección en que las vemos²; desde la *concordista*, propuesta por Cuvier, para armonizar el Génesis con la Ciencia³, hasta la moderna *teoría de la res-*

¹ Siguen esta opinión entre los modernos: Bosizio, Sorignet, Eirich, Glaire, Veith y Keil.

² Algunos autores modernos, conformes en el fondo con la opinión de San Agustín, la modifican más ó menos, suponiendo que la relación mosaica no es *objetiva*, sino *subjetiva*. No da cuenta del orden con que aparecieron las cosas en la Creación, sino del orden con que Dios se las manifestó en diferentes visiones correspondientes á los días del Hexámeron. Estas visiones pudieron tener lugar en seis días diferentes. De este parecer son: H. Martín, Faye, Michelis, Kurtz y otros.

³ Esta teoría, expuesta por Cuvier en 1821, es la más generalmente admitida, y cada día cuenta con mayor número de partidarios.

tauración, que supone formada nuestra tierra de las ruinas de un mundo más antiguo ¹; desde la *profética* de Kurtz ², hasta la *poética* de Monseñor Clifford ³, todas caben dentro de la fe, y si á algunas de estas interpretaciones se las ha tachado de inexactas y poco conformes con las reglas de la *exégesis*, nadie se ha atrevido á calificarlas de contrarias al dogma, á todas ha respetado por igual la Iglesia, sin pronunciar sobre ninguna su fallo definitivo.

Vuelvan, pues, sobre su acuerdo los doctores materialistas, y no digan que la Iglesia es un obstáculo para el adelantamiento del estudio de la naturaleza, ni que la Ciencia ha de ser por necesidad atea y materialista.

1 Defendida por Westermayer, Card, Wiseman, J. Hutton, Molloy, Bukland, Chalmers y Fabre d'Enviu.

2 «Sienta este escritor que ni los hechos acaecieron por el orden que en el Génesis parecen delineados, ni ha de pedirse al repartimiento de los días hecho por Moisés, más realidad que lógica é intencional. Porque Moisés, como otro profeta cualquiera, en una visión que tuvo, vió el drama de la Creación puesto en escena, y le dividió en seis actos, que determinó apellidar días. Tenida la visión, fué trasladando puntualmente al papel las cosas vistas, por el mismo orden que se le habian representado al pensamiento cuando le fueron reveladas.» — P. J. Mir, *La Creación*, 2.^a ed., p. 71.

3 En Abril de 1881 apareció en la *Revista de Dublin (Dublin Review)*, un artículo suscrito por Mons. Clifford, Obispo de Clifton. Queriendo evitar las dificultades que ofrece la conciliación del primer capítulo del Génesis con las Ciencias naturales, cortólas de raíz despojando á este capítulo de todo carácter histórico, y suponiéndole himno destinado á cantar las glorias del Criador é introducción poética á la historia del linaje humano, que solo comienza en el vers. 4.^o del cap. II. Esta opinión ha sido seriamente combatida, y por muchos intérpretes de nota del todo rechazada.

En 1874, decía el veterano Chevreuil, á la Academia de Ciencias de París: «Algunas veces me he preguntado si en una época en que tanto se dice que la Ciencia moderna conduce al materialismo, no era obligación de un hombre, que ha pasado su vida rodeado de libros y en un laboratorio de Química, buscando la verdad, protestar contra una opinión diametralmente opuesta á la suya... Estoy convencido de que existe un Ser creador de una doble armonía: la armonía que señorea el mundo inanimado, revelada por la Mecánica celeste y por los fenómenos moleculares, y la armonía que rige el mundo organizado y vivo. Jamás he sido materialista y en ninguna época de mi vida he podido concebir cómo esta doble armonía haya podido ser producto del acaso ¹.»

Tal es la consecuencia que lógicamente se desprende de las consideraciones que llevamos hechas acerca del origen de la vida, consecuencia que elocuentemente declaraba el patriarca Idu-meo, diciendo á sus amigos: «Interrogad á las bestias del campo y á las aves del cielo; hablad á la tierra y á los peces de la mar, y os responderán: ¿quién ignora que la mano del Señor hizo todas estas cosas? El tiene en sus manos el alma de todos los vivientes y el espíritu que anima la carne

de los hombres ¹.» Dios, señores, es el origen y la fuente suprema de la vida; Dios que, para confundir la arrogancia de los modernos Titanes, no ha necesitado echar sobre sus espaldas la pesadumbre del Universo, bastándole, para desbaratar sus proyectos, poner delante de sus ojos el polvo deleznable en que con mano pródiga sembró los gérmenes de la vida.

¹ Job. cap. XII, 7-10.

CONFERENCIA TERCERA

EL PRINCIPIO VITAL DEL HOMBRE

Inspiravit in faciem ejus spiraculum vitae, et factus est homo in animam viventem.

GEN. II, 7.